LA ÚLTIMA ESTACIÓN POÉTICA DE MIGUEL HERNÁNDEZ: SÍMBOLOS Y SENTIDOS

Por
ANA RECIO MIR

Las dificultades, siempre presentes en la vida de Miguel Hernández, se acrecentaron en los últimos tres años de su existencia. Al finalizar la guerra civil, Miguel, que estaba en Madrid, se trasladó a Cox para reunirse con su mujer. A ella le entregó la pequeña libreta en la que anotó las primeras 74 canciones que constituyen el cuerpo central del *Cancionero y romancero de ausencias*. Después de visitar a su familia en Orihuela, el poeta marcha a tiempo a Sevilla, puesto que le seguían los pasos en su localidad natal. En la capital hispalense no encontró el refugio esperado en casa de su amigo Romero Murube. Se traslada entonces a Huelva, buscando en apoyo de Pedro Pérez Clotet[1], pero éste se encontraba en Ronda. Entonces se marcha a Portugal. En Rosal de la Frontera vendió el traje y el reloj de pulsera que había sido el regalo de boda de Vicente Aleixandre. Allí un desconocido le ofreció su casa y siempre le decía a Miguel: «cuitadiño, cuitadiño», que quiere decir «desgraciado».

El 4 de mayo de 1939 fue detenido por la policía portuguesa, que lo entregó a la española. Gracias a los malos informes de un tal Salinas, Miguel recibió repetidas palizas: pretendían que confesara que él había matado a José Antonio. El 15 de mayo del 39 ingresa en la cárcel de Torrijos, en donde se sintió muy solo. Desde allí le rogaba a su mujer la ayuda de algunos amigos para conseguir la libertad:

> «Mira, nena: ve si Luis Almarcha, Juan Bellod y demás amigos pueden conseguir mi libertad provisional, avalándome y haciendo lo que sea preciso. No he podido comunicar aquí con ningún amigo, y me parece que Cossío debe haberse ido a su pueblo. De modo, que no encuentro a quién recurrir de momento, porque ningún otro amigo de aquí puede hacer mucho»[2].

Por un decreto del gobierno, que ponía en libertad a los presos indocumentados, salió Hernández de la cárcel el 17 de septiembre de 1939. Miguel encamina nuevamente sus pasos a Cox. Según Josefina Manresa el poeta se hallaba entonces contento y confiado. En dos ocasiones se trastadó a Orihuela a ver a su familia y nuevamente allí, denunciado por un tal Morell, lo detienen el día de su santo, el 29 de septiembre de 1939, cuando salía de casa de los Sijé, e ingresa en la cárcel ubicada en el seminario de su ciudad natal. Sólo había estado medio mes libre y ya no respiraría más la luz de la libertad. Desde allí escribía cartas a Josefina y combatía el aburrimiento estudiando francés e inglés[3].

El 3 de diciembre de 1939 lo trasladaron en tren a la prisión del Conde de Toreno, en Madrid. Allí permaneció hasta el 22 de septiembre de 1940. Desde allí escribe a su cuñada Conchita manifestándole su deseo de aprender solfeo[4]. El 18 de enero de 1940 tiene lugar el juicio contra Hernández y se le imputan los cargos de pertenecer al Partido Comunista, intervenir en mítines y conferencias y escribir versos contra las fuerzas

nacionales así como «contribuir con hechos y palabras a los muchos crímenes perpetrados en la zona roja»[5]. Se le conmuta la pena capital por treinta años de cárcel y, según afirma Agustín Sánchez Vidal, se le ofrece el indulto total y la libertad si se adhiere al Movimiento, lo que él rechaza indignado.

El 23 de septiembre de 1940 ingresa en la prisión provincial de Palencia, donde el frío empieza a dañarle la salud causándole una neumonía. En noviembre de aquel año es entregado a la Guardia Civil, pasa por la prisión de Yeserías, donde se produce el feliz reencuentro con Buero Vallejo y finalmente el 28 de junio de 1941 entra en el Reformatorio de Adultos de Alicante, la última estación de ese turismo penitenciario por el que discurrió la recta final de su vida.

A principios de diciembre de 1941 su salud se resquebraja más aún. Contrae el tifus y Miguel se encuentra postrado en la enfermería de la prisión. Desde allí escribe a Josefina una carta en la que se evidencia la gravedad de su estado:

> «Josefina: anoche me ha hecho Barbero una operación mucho más importante que la otra. Por medio de un aparato punzante que me colocó en el costado, después de mirarme de nuevo con los rayos X, salió de mi pulmón izquierdo, sin exagerarte, más de litro y medio de pus en un chorro continuo que duró más de diez minutos. Hoy me encuentro muy descansado y casi sin fiebre. (...) Estoy agradecidísimo al intéres de don Antonio. Creo que sin intervención me hubiera muerto»[6].

El 4 de marzo Miguel y Josefina contraen matrimonio eclesiástico, cuando el primero tenía ya la certeza de que iba a morir. Habían pasado casi cinco años desde el 9 de marzo de 1937, fecha en la que se habían casado por lo civil, de forma muy distinta a esta segunda boda, celebrada «in articulo mortis» en la enfermería de la cárcel de Alicante. En una de sus últimas cartas le confesaba a su mujer:

> «Josefina, tengo muchas ganas de verte, aunque sea en el momento de casarnos. Total, que a estas horas, somos una pareja de tórtolos»[7].

Siete días antes de su muerte el Ministerio de Justicia autoriza su traslado al sanatorio de Porta Coeli. Era ya demasiado tarde. Miguel moriría el 28 de marzo, sábado, víspera del domingo de Ramos. Veinticuatro horas antes de morir, su mujer lo había visitado en la enfermería y él lloraba tristemente porque ella no había traído consigo a su hijo. Tal vez adivinaba que no lo había de ver más.

Una vida tan intensa como azarosa, tan desgraciada como ejemplar, encontró sus frutos en poemarios de indudable y honda autenticidad lírica y existencial. La poesía de Miguel Hernández tiene para nosotros el valor de erigirse hoy en documento humano, en plasmación de la existencia de un hombre fundido con el dolor, con la vida, con la naturaleza, con la mujer y con la muerte. Bien se podría decir de Miguel Hernández –lo mismo que de García Lorca– que su expresión se alimenta de un pesimismo trágico, y que del dolor de la guerra, la prisión, la soledad, la ausencia y la muerte brota su aliento lírico, manantial que le libera parcialmente de su dolido sentir abriéndole una puerta a la esperanza. Como el poeta vaticinara, su sombra se yergue sobre nosotros con más esplendor que nunca:

> «Por un huerto de bocas
> futuras y doradas,
> relumbrará mi sombra».

La última estación poética de su vida halló su cumbre en un libro desgarrador, extenso, hondo y bellísimo: *el Cancionero y romancero de ausencias*. Para su estudio hemos manejado la espléndida edición crítica elaborada por L. de Luis y J. Urrutia, a

partir de la libreta del poeta, la edición titulada *Obra poética completa* y la recientemente aparecida *Poesía* con introducción de Agustín Sánchez Vidal.

Según Leopoldo de Luis los primeros poemas del *Cancionero* fueron iniciados en torno a la muerte de su hijo Manuel Ramón, nacido en diciembre de 1937 y muerto en octubre de 1938, y contemporáneos a varios de los poemas insertos en *El Hombre acecha*. Están recogidos en borradores escritos a lápiz. Agustín Sánchez Vidal señala como límite de fechas de composición del *Cancionero y romancero de ausencias* el 19 de octubre de 1938 y el 17 de septiembre de 1939, fecha de su salida de la cárcel madrileña de Torrijos. El libro no vio la luz en vida del poeta y fue publicado en Buenos Aires en la editorial Lautaro en 1958 con prólogo de Elvio Romero.

En varias ocasiones se ha aludido al libro calificándolo como «diario íntimo» o simplemente «diario»[8]. Y esto es cierto si tenemos en cuenta las difíciles circunstancias de la vida del poeta y la autenticidad de su expresión lírica. El amor, la muerte, la ausencia de la mujer amada y del hijo muerto configuran los polos sobre los que gravita el mayor número de poemas del libro. En 1939, estando Miguel en la cárcel de Torrijos, utilizó una pequeña libreta en la que, como ya señalamos más arriba, se recogen 74 poemas que constituyen el cuerpo principal del libro, según Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia[9]. A estos poemas se añaden los que carecen de borradores previos, según los citados investigadores, y son las «Nanas de la cebolla» y la «Ascensión de la escoba». La libreta fue entregada por Miguel a Josefina, cuando el 17 de septiembre salió de la cárcel de Torrijos y se encaminó a Cox y a Orihuela para reencontrarse con los suyos.

En 1938 Miguel tenía escritas más canciones que no se incluyen en este cuaderno de 1939. La edición de Cátedra incluye un total de 119 textos. También escribió más poemas durante la segunda etapa de su encarcelamiento; Leopoldo de Luis y J. Urrutia citan los siguientes: el poema 92 «El pez más viejo del río», el 93 «Rueda que irás muy lejos», el 94 «Con dos años, dos flores», el 106 «El último rincón» y la «Casida del sediento», fechada en mayo de 1941 y probablemente el último poema que escribió, ya que en junio de aquel año ingresó en el Reformatorio de Adultos de Alicante, en el que se quebrantó su salud.

Las formas estróficas son populares: predomina la canción (78 de las 119 composiciones), el romance (30 en total) y, a gran distancia, la seguidilla (un pequeño corpus de 4).

En el *Cancionero y romancero de ausencias* la palabra hernandiana se ha aligerado de sus primeros balbuceos gongorinos y ha ganado en profundidad, en desnudez y en dramatismo. No nos resulta difícil imaginar las lágrimas de emoción inundando sus mejillas cuando se duele del hijo muerto en 1938, a los poco más de diez meses de edad:

> «Fue una alegría para siempre sola,
> para siempre dorada, destellante.
> Pero es una tristeza para siempre,
> porque apenas nacida fue a enterrarse» (poema 43).

Con frecuencia enlaza símbolos del mundo natural con seres humanos: es lo que sucede con su mujer a la que identifica con una leona por su valor (poema 46). En otras ocasiones ese mundo natural cristaliza en una forma popular, a la que el poeta añade una especie de estribillo (poema 47):

> «El árbol sólo y seco.
> La mujer como un leño
> de viudez sobre el lecho.

El odio sin remedio.
¿Y la juventud?
En el ataúd».

El poema sorprende por su dramatismo, materializado en una enumeración nominal, presente también en el poema 56. La *lluvia* es símbolo que el poeta asocia con la negritud de la muerte plasmada en las pupilas del hijo muerto y con el llanto (poema 48), en el que la *flor* simboliza al hijo desaparecido. Al hablar de sus ojos, el poeta en un intento de recobrarlos se pregunta:

«¿Volverán a florecer?
Sí a través de tantos cuerpos
que ya combaten la flor
renovarán su ascua... Pero
seguirán bajo la lluvia
para siempre, mustios, secos».

Esta desaparición imprevista hace anhelar al poeta la unión con la criatura, pero no como un encuentro al final del camino de la vida, sino como un retorno a su origen:

«Voy alado a la agonía
y arrastrándome me veo
en el umbral en el fondo
latente del nacimiento.
Todo está lleno de ti
traspasado de tu pecho,
de algo que no he conseguido
y que busco entre tus huesos» (poema 52).

El vientre es símbolo de la tierra en la que crece la semilla de la vida, que alberga la esperanza de la trascendencia, que ilumina con su evidencia el existir del autor y alimenta su confianza en el futuro.

La valentía de Hernández le lleva a infundir en ocasiones ánimos a su esposa, que se duele de su prisión más que él mismo. El poeta la consuela entregándole una lección de amor, el único sentimiento que los hace libres:

«A lo lejos tú, sintiendo
en tus brazos mi prisión,
en tus brazos donde late
la libertad de los dos.
Libre soy. Siénteme libre.
Sólo por amor» (poema 60).

Un elemento que se puebla de gran variedad de sentidos es el término *boca* (poema 62), en el que el poeta cristaliza la pasión amorosa bajo la imagen de los rayos, que le conducen a la libertad, encarnada en los *pájaros*. La boca se convierte por antonomasia en un elemento vital ligado a lo telúrico y a lo sideral:

«El labio de arriba el cielo
y la tierra el otro labio (...)
beso que viene rodando
desde el primer cementerio
hasta los últimos astros» (poema 62).

La boca y el beso se convierten en instrumentos mediante los cuales el poeta transciende el mundo terrenal, se aparta de la tragedia de su existencia y siente sobre sí abismarse el infinito:

«Hundo en tu boca mi vida,
oigo rumores de espacios.
Y el infinito parece
que sobre mí se ha volcado» (poema 62).

En el poema 66 volvemos a encontrar el símbolo de la *lluvia* asociado al paso del tiempo. El amor aparece vinculado a una pasión telúrica y vivificadora, capaz de arrebatar al hombre de las garras del odio y de la soledad.

La *sangre* es símbolo que adquiere sentidos muy diversos a lo largo del *Cancionero y romancero de ausencias*. Si en el poema 67 la sangre es el elemento que da origen a los amantes, también la hallamos asociada a lo genesíaco y al origen de una nueva vida:

«Entre nuestras dos sangres
ha de suceder algo,
un puente como un niño,
un niño como un arco» (poema 69).

Aparece ligada a la leche materna en las «Nanas de la cebolla» y asociada a la pasión, al odio y a la muerte, en otro poema del libro, donde el poeta plasma el afán de las madres que, ante la guerra, hubieran deseado que sus hijos no hubieran nacido:

«La sangre recorre el mundo
enjaulada, insatisfecha.
Las flores se desvanecen
devoradas por la hierba.
Ansias de matar invaden
el fondo de la azucena» (poema 73).

El *mar* se liga a la muerte en la copla 81, en la que el poeta se hace eco de las coplas de Manrique. A diferencia de Lorca, para el que el mar es el enclave de la libertad en *La casa de Bernarda Alba*, el símbolo aquí adquiere connotaciones negativas. A partir del poema 75 Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia insertan en su edición una serie de canciones –siguiendo el texto de la *Obra poética completa*–, por lo general breves. En ellas abundan las que se refieren al hijo muerto: 76, 78, 83, 84, 93, 95, 97, 101, 104, 112 y 119.

La *risa* de su hijo es el instrumento que evidencia la victoria de la vida sobre la muerte en la naturaleza (poema 94). El poema trasluce un tono existencial y el hijo encarna la trascendencia del vivir del poeta:

«Ríe. Contigo
venceré siempre al tiempo
que es mi enemigo» (poema 94).

En el poema 95 el poeta evoca la alegría que anegaba su casa cuando vivía el niño y cómo esa alegría se tornó en tristeza al morir aquél; los sustantivos se oponen en dos categorías: el ámbito de lo inanimado, asociado con la oscuridad y la muerte (hoyo, sombra, tierra, casa, ataúd) y el ámbito de lo animado, ligado a la claridad y a lo positivo (resplandor, felicidad, luz victoriosa, cenizas latentes, memorias de la alegría).

El *sol* simboliza la vida agostada del primogénito y el símbolo del vientre se asocia a la perpetuación de la especie:

«Se puso el sol.
Pero tu temprano vientre
de nuevo se levantó
por el oriente» (poema 109).

El *volcán*, por último, aparece ligado a la pasión amorosa del poeta, a sus ilusiones y a sus esperanzas:

«Entre estas cuatro paredes
yo sólo y un volcán.
Nadie nos apagará.
Yo sólo sobre este lecho
de escarcha, y mi volcán.
Nadie nos apagará» (poema 117).

En la edición crítica ya citada los autores de la misma incluyen en los apéndices cinco poemas más: «Cuerpo de claridad que nada empaña», «A mi hijo», «Orilla de tu vientre», «Hijo de la luz y de la sombra» y sus variantes y «Ascensión de la escoba». Los dos últimos son poemas-clave dentro de esta cima poética hernandiana. En la «Ascención de la escoba», poema escrito en la cárcel –según Concha Zardoya– un día en que Miguel fue castigado a barrer el patio de la prisión. El lírico plasma en un soneto alejandrino la trascendencia de elemento tan cotidiano, símbolo al que sublima otorgándole connotaciones míticas, religiosas, existenciales y hasta victoriosas:

«Su ardor de espada joven y alegre no reposa,
delgada de ansiedad, pureza, sol, bravura.
Azucena que barre sobre la misma fosa,
es cada vez más alta, más cálida, más pura».

En «Hijo de la luz y de la sombra» el poeta parte de la simbología de la nocturnidad –presencia de lo femenino– y de lo solar –presencia de lo masculino– para desarrollar el tema del amor como fuerza exacerbada, genesíaca y pasional, asociada a elementos cósmicos y telúricos. Así al hablar de la sombra en la que las bocas se entrelazan afirma que ésta:

«Pide que nos echemos tú y yo sobre la manta,
tú y yo sobre la luna, tú y yo sobre la vida.
Pide que tú y yo ardamos fundiendo en la garganta,
con todo el firmamento, la tierra estremecida».

Y la sombra y a las estrellas del firmamento otorga el autor el don de generar vida. También retoma el poeta aquí el símbolo del vientre como nido en el que se origina un nuevo ser. El poema plantea también el tema del amor a la mujer y a la vida que en ella germina, vida que nace del amor y se sublima en el beso, vehículo de proyección hacia el futuro, en el hijo, y hacia las raíces de la especie humana:

«Con el amor a cuestas, dormidos y despiertos,
seguiremos besándonos en el hijo profundo.
Besándonos tú y yo se besan nuestros muertos,
se besan los primeros pobladores del mundo».

«Hijo de la luz y de la sombra» es un poema bellísimo y sobrecogedor, por la poderosa fuerza de sus imágenes que hacen trascender el amor físico convirtiéndolo en una fuerza cósmica.

> «Día y noche –como señala Juan Cano Ballesta– son los dos grandes símbolos, las fuerzas viril y femenina de la fecundación, esposo y esposa. El acto sexual es cantado en su noble realidad, sin eufemismos ni platonismos, como acontecimiento de raíces telúricas, como exigencia de fuerzas cósmicas, bajo el común estremecimiento de tierra y firmamento»[10].

En definitiva, en el *Cancionero y romancero de ausencias* queda al descubierto la honda conciencia lírica de Miguel Hernández, poeta que supo entrañar en palabra poética el dolido sentir de su corazón.

NOTAS

[1] Miguel Hernández: *Poesía. I. Obra completa.* Madrid, Espasa-Calpe, 1992, pág. 105.

[2] Josefina Manresa: *Recuerdos de la viuda de M. Hernández.* Ediciones de la Torre, 1980, pág. 122.

[3] Ibíd. págs. 123 y 126.

[4] Miguel Hernández: *Epistolario.* Madrid, Alianza Editorial, 1986, pág. 106

[5] Miguel Hernández: *Poesía. I. Obra completa.* Madrid, Espasa-Calpe, 1992, pág. 107.

[6] Miguel Hernández: *Teatro. Prosas. Correspondencia.* II, Madrid, Espasa-Calpe, 1992, pág. 2.716.

[7] Ibíd. pág. 2.722.

[8] Así lo indican L. de Luis y J. Urrutia en el prólogo a la edición de Cátedra, pág. 76; y Oreste Macrí en «Diálogo con Puccini sobre Hernández» recogido por María de Gracia Ifach en: *Miguel Hernández.* Madrid, Taurus, 1988, pág. 231.

[9] Seguimos los datos que nos desvelan Leopoldo de Luis y su hijo en el prólogo de la edición ya citada.

[10] Miguel Hernández: *El hombre y su poesía.* Edición de Juan Cano Ballesta, Madrid, Cátedra, 1979, pág. 35.